**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***24. Jesús comienza su ministerio***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***24. Jesús comienza su ministerio***

*Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él».* Mateo 3:16-17 (NVI).

**Introducción**

Si alguna vez has pasado tiempo caminando por las áreas céntricas de las grandes ciudades, probablemente los hayas visto: son los predicadores callejeros. En voz alta, determinados, fervientes, se rehúsan de forma definitiva a ocultar su lámpara bajo una mesa. Son mensajeros incondicionales del evangelio que a veces llevan un letrero colgado que dice: «¡Arrepiéntete!» o «Prepárate para encontrarte con tu Dios».

**Juan el Bautista**

Sospecho que esto es lo que mucha gente pensaba sobre Juan el Bautista. Como los predicadores callejeros de hoy, Juan estaba un poco «alocado»: un tipo desaliñado, un hippie excéntrico que vivía de la tierra, comiendo bichos y miel, y vistiendo ropas rústicas hechas de pelo de camello. Y sí, él caminaba esforzadamente por todo el desierto con su mensaje para todo aquel que quisiera oírlo: «¡Arrepiéntanse!».

En la Historia Secundaria parece ser tan solo otro extraño que piensa que habla en nombre de Dios, y habría sido fácil de ignorar si no fuera por el hecho de que su mensaje sonaba conocido. Cuando los líderes judíos le preguntaron quién era, él respondió: “Yo soy la voz del que grita en el desierto: “Enderecen el camino del Señor”» (Juan 1:23). Eso es exactamente lo que los profetas Isaías y Malaquías decían que diría, y todo judío devoto sabría que algo grande estaba ocurriendo aquí. Algo *realmente* grande.

Tal vez resultara un poco raro según los estándares de la Historia Secundaria, pero en la Historia Primaria, Juan tenía un propósito divino. Está por presentarnos la solución de Dios para restaurar nuestra relación con él –una manera de que vivamos en su perfecta comunidad para siempre– aunque el enfoque que le diera a su tarea fuera un poco renuente. Una cosa es ser un predicador callejero, ¿pero bautizar al Mesías? Titubeó Juan diciendo a Jesús: “Yo soy el que necesita ser bautizado por ti” (Mateo 3:14). No al revés.

Sin embargo, Jesús insiste. Así que Juan, el desgreñado vestido de pelo de camello y con una mirada salvaje en sus ojos, bautiza a Jesús, el Mesías largamente prometido. Y en ese momento los cielos se abren y el Espíritu de Dios desciende sobre él como una paloma. Entonces una voz desde los cielos declara: “Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él” (Mateo 3:17). Esta es una de las pocas veces en toda la Historia en que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo –la Trinidad– se presentan a la misma vez. Juan el Bautista, excéntrico como es y todo, se halla en medio de un suceso histórico. Y el primero en revelar la identidad de Jesús es Dios mismo.

**Jesús comienza su ministerio**

El bautismo de Jesús por medio de Juan señala el comienzo del ministerio de Jesús.

¡Y aunque él solo ministró por casi tres años, qué gran ministerio tuvo!

Justo después del bautismo el Espíritu de Dios lleva a Jesús al desierto, donde pasa cuarenta días y cuarenta noches sin comer. Nosotros no solemos hablar mucho del ayuno, pero es una disciplina que nos obliga a depender totalmente de Dios. Jesús está hambriento y vulnerable a las tentaciones de Satanás, pero ante cada tentación, responde citando las Escrituras.

Si alguna vez te has preguntado si memorizar las Escrituras es de importancia, la experiencia de Jesús en el desierto argumenta a favor de ello. Conocer la Palabra de Dios nos protege de las tentaciones que enfrentamos cada día. No obstante, Jesús posee una ventaja añadida en la batalla contra el mal. Él no tiene pecado. Su vida es intachable. Aunque vino a vivir con nosotros como un ser humano, también es Dios, incapaz de pecar.

Al principio de su ministerio, Jesús se cruza una vez con Juan el Bautista, quien enseguida que lo ve exclama: “¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29), Ningún judío podía haber pasado por alto el significado de esa declaración. En el Antiguo Testamento, solo la sangre de un cordero joven, sin mancha, inocente, podía ser usada como sacrificio para la expiación de los pecados.

En esos días la gente le llevaba un cordero al sacerdote, que ponía sus manos sobre la cabeza del animal inocente, transfiriendo oficialmente todos los pecados y la culpa de esa persona al cordero. El sacerdote entonces degollaba al animal, recogiendo su sangre en un tazón que se encontraba en el altar para el perdón de los pecados. Juan estaba anunciándole al mundo que Jesús era ese cordero supremo –el Cordero de Dios– el último sacrificio por nuestros pecados.

La mayoría de nosotros sabemos que Jesús al final sacrificó su vida a favor de nosotros, pero aquellos que oían la extravagante declaración de Juan no tenían idea de lo que sucedería en tres años. Con todo lo que cuentan es con la palabra de un predicador bastante poco convencional. Hasta donde saben, él es simplemente otro chiflado más, ¿y quién los culparía por pensar así? No obstante, durante los próximos años, el ministerio de Jesús validaría las palabras de Juan.

**Comienzan las señales**

Por ejemplo, poco después de su bautismo, Jesús asiste a una boda en la aldea de Caná. Su madre, María, también está allí. Casi a la mitad de la fiesta al anfitrión se le acaba el vino. María, evidentemente consciente de la identidad de su hijo, le pide que haga algo para salvar a los anfitriones de la desgracia de no tener suficiente vino para sus invitados. Jesús les pide a los sirvientes de la casa que llenen seis enormes jarrones de piedra con agua. Luego les dice que le lleven un poco al encargado del banquete para que lo pruebe (Juan 2:1-11).

No solo el agua se convierte en vino, sino que este es mejor que todo el otro vino que se había servido antes ese día. Los invitados piensan que el novio astutamente había guardado el mejor vino para el final. Sin embargo, los sirvientes y algunos otros que sabían lo que había pasado, se dieron cuenta de que este hombre al que Juan llamaba el Mesías era por cierto alguien especial.

En realidad, no pasa mucho tiempo antes de que otras personas comiencen a notar la forma en que Jesús se relaciona con la gente. Después de seleccionar a doce hombres como discípulos, comienza a enseñar y sanar a la gente por dondequiera que va. Israel no es una nación grande, así que pronto se corre el rumor sobre sus poderes en toda la región. Algunos llegan a la conclusión de que es el Mesías; otros –en general los líderes religiosos– se molestan por sus declaraciones.

En un punto, mientras Jesús estaba en Jerusalén, recibe la visita inesperada en medio de la noche de un fariseo llamado Nicodemo. Los fariseos eran líderes judíos que no solo interpretaban las leyes religiosas, sino que además eran rápidos para juzgar a todo el que las violaba. Hoy describimos a las personas así como «legalistas», más preocupados por las reglas que por una relación con Dios. Así que no es de sorprender que la mayoría de los fariseos estuvieran muy preocupados por Jesús y su ministerio, ya que él no encajaba en su libro de reglas. Con todo, Nicodemo se dirige a él de una forma particular, reconociendo que todo el que hace esa clase de milagros debe venir de parte de Dios.

**El mensaje de salvación**

Durante su conversación, Jesús le revela el plan de Dios para restaurarnos a una relación con él cuando le dice a Nicodemo que para ser parte de esta divina comunidad debemos «nacer de nuevo», Luego hace una de las declaraciones más claras de quién es él y por qué vino a estar con nosotros: “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Esta declaración –probablemente el versículo más memorizado de toda la Biblia– describe en los términos más simples la intersección entre nuestra Historia Secundaria y la Historia Primaria de Dios. Vivimos «aquí abajo», en todo el desorden común que es la vida, limitados por lo que podemos ver y experimentar de primera mano, incluyendo lo que parece ser el punto final, la muerte. Pero Jesús, que estaba «allá arriba», descendió para vencer a la muerte por nosotros, de modo que podamos vivir eternamente con él. No tenemos que matar y sacrificar más animales, eso fue una solución temporal. Ya no tenemos que tratar con todas nuestras fuerzas de ser buenos, porque eso nunca funcionará debido a nuestro pecado inherente. Todo lo que tenemos que hacer es creer.

Para un fariseo, este es un mensaje difícil de digerir. Ellos –como también muchos de nosotros– habían llegado a creer que todo se trataba de seguir las reglas. Esa es una imagen falsa de Dios que ha causado que mucha gente –tal vez hasta tú mismo– se mantuviera tan alejada de Dios como le fuera posible. Ellos tienen esta imagen de un viejo severo sosteniendo en su mano una larga lista de reglas imposibles de cumplir, llevando la cuenta de todas las veces que las han quebrantado para poder destruirlos. Sin embargo, Jesús dice: «Solo cree».

No sabemos cómo le respondió Nicodemo a Jesús durante esa conversación, pero lo que sí sabemos es que después que Jesús murió, Nicodemo ayudó a un creyente, un hombre llamado José de Arimatea, a enterrar el cuerpo. ¿Mi teoría? Creo que Nicodemo tiró su libro de reglas a la basura y siguió a Jesús.

Y él no es el único que fue transformado por el simple mensaje de Jesús. De camino a Galilea, Jesús decide pasar por Samaria. La mayoría de los judíos despreciaban a la gente que vivía allí y se desviaban de su camino para no tener que atravesar esa región. Jesús no lo hizo. Alrededor del mediodía, Jesús va a un pozo y se sienta a descansar cuando nota que una mujer está llegando a fin de sacar agua. Al preguntarle si podía darle algo de agua para beber, la mujer se sorprende y se asusta un poco. Sabe que él es un judío y ella una samaritana.

Sin embargo, Jesús la involucra en una conversación, al punto de decirle que sabe que ella tuvo cinco maridos y que ahora está viviendo con un hombre que no es su esposo. Le explica lo que significa adorar a Dios en espíritu y en verdad, pero la mujer trata de quitárselo de encima: “Sé que viene el Mesías, al que llaman el Cristo [...] Cuando él venga nos explicará todas las cosas” (Juan 4:25).

Imagina su sorpresa cuando Jesús le responde: “Ese soy yo, el que habla contigo” (Juan 4:26). Entonces ella corre de vuelta a su aldea y les cuenta a todos lo sucedido, muchos samaritanos se convierten ese día en seguidores de Jesús, cumpliéndose así más profecías. Estas buenas noticias, como se le prometió a Abraham, no eran solo para Israel. Dios quiere que todos tengan una oportunidad de volver a él.

Dondequiera que Jesús iba, las multitudes venían a verlo y sanaba a la gente de una variedad de enfermedades: ceguera, desfiguraciones, dolencias. Hasta resucitó a un hombre que había muerto. Cada vez que hacía un milagro, validaba aún más que era quien decía ser: el Mesías prometido. No obstante, también alimentaba el odio de aquellos que querían matarlo.

En una ocasión, Jesús sana a un leproso y le dice que sus pecados han sido perdonados. Los líderes religiosos legalistas lo escucharon y se pusieron furiosos: “¡Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?” (Marcos 2:7). No lo entendieron. Él era Dios, pero ellos se negaron a aceptar esta verdad y continuaron con sus esfuerzos por deshacerse de Jesús.

**Conclusión**

Finalmente, Juan el Bautista termina en una celda por causa de su predicación. Sabiendo que está por ser ejecutado debido a su valiente proclamación de que Jesús es el Mesías, le envía un mensaje a Jesús, preguntándole: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” (Mateo 11:3). Una duda un poco incomprensible tal vez, pero tenía que asegurarse. El necesita estar seguro de que se trataba del tipo correcto.

Jesús le envía la respuesta que le reasegura que en efecto él es quien dice ser. Esto es todo lo que Juan precisa escuchar. Es todo lo que en realidad cada uno de nosotros precisamos escuchar.

Al poco tiempo, Juan es decapitado, pero muere sabiendo que su vida no convencional como “predicador callejero” no fue en vano.

La Historia Secundaria tiene todo que ver con cosas que hacer. Ir al trabajo. Volver a casa. Tratar de ser buenos padres y madres. Ponernos metas y tomar decisiones. Tratar de hacer todo lo bueno esperando que nuestros esfuerzos sean recompensados. La Historia Primaria es acerca de creer. Creer que Jesús es quien dice ser. Que es la única solución a nuestro principal problema, la separación de Dios.